Cucarrones voladores

Sebastián Arias Alzate

Image not found.

Capítulo 1

Prefacio

Su sangre corría otra vez por las venas y la ropa de la cama le daba la sensación de ser hierro o hielo; pero mientras yacía inmóvil bajo la lluvia, la sangre se le fue caldeando hasta que su cuerpo dejó de temblar y cayó enseguida en una especie de torturada e intranquila somnolencia, llena de las tenaces formas de la desesperación, girando y girando en pugna incesante;… anhelando más ser comprendido que reivindicado; buscando una mano, fuera de quien fuese, que quisiera ayudarlo a salir del caos. Una mano que él rechazaría, por supuesto, pero que bastaría para devolverle su fría suficiencia.

(De Sartoris)

Esteban

La noche en que Felipe decidió quitarse la vida todo parecía en calma. El día había transcurrido normalmente teniendo en cuenta todo lo que le había estado sucediendo esos últimos años. En el fondo la mayor parte de las personas del vecindario donde vivía Esteban, su único primo y al que Felipe solía visitar con frecuencia, sabían que algo así podía pasar con él en cualquier momento; incluso para Mauricio y David que fueron sus amigos de toda la vida y lo conocían al derecho y al revés, la noticia les había caído peor que un baldado de agua fría. El suceso imprevisto había tocado sus vidas haciéndole eco a su nombre, como un autogol.

A pesar de haber sucedido hacía tanto tiempo, Esteban todavía recordaba en las noches al cerrar los ojos para dormir su cuerpo frío y sin vida. Aquél fatídico día cuando llegó a la casa de Mauricio y lo vio ahí tieso, corrió hacia él y lo sujetó por las piernas para evitar que su cuello se desgonzara de la cuerda que colgaba. Tenía la esperanza de que no hubiera muerto aún. Eso sucedió al terminar las lluvias de abril del año 2003, en esos tiempos en que todavía se podía predecir si iba a llover o a hacer sol, en esos días en que todo parecía aburridamente predecible.

Hacia el atardecer del día siguiente a su muerte, Esteban, Mauricio y David llegaron del cementerio central con las cenizas de Felipe en un pequeño baúl de madera. Todavía no terminaban de asimilar lo sucedido. Todo fue muy rápido, llegaron con sus vestidos de paño negro puestos y

los zapatos de cuero bien embetunados. Esa tarde se sentaron en el parque de enfrente por última vez junto a las pencas de sábila donde masacraron millones de cucarrones voladores durante años en cada temporada de lluvia. Estaban ahí mismo, sobre el talud que lo cruzaba todo y en el que en innumerables ocasiones rodaron hasta el cansancio.

Cuando se subieron en la montañita recién podada, Esteban no pudo más que recordar las numerosas ocasiones que en ese mismo parque, había compartido con su primo tantas tardes de juegos. Como la vez que habían decidido con una convicción irracional, patear los balones de fútbol desde la cima hasta la calle cercana para ver si alguno llegaba hasta las rejas del conjunto residencial donde vivía, y que había terminado en el infortunio del cristal reventado de un vehículo inmenso que pasaba por ahí, precisamente cuando el balón salió disparado con una potencia sobrehumana de la hábil pierna izquierda de Felipe. Se curvo tanto por la fuerza y el efecto del borde interno de su pie, que cuando empezó a surcar el cielo, ya había perdido cualquier parecido con su forma original. Salió disparado como un platillo volador, silbando e irradiando una energía demente.

Salieron a correr cuando escucharon el estallido de los vidrios y el ruido de los mismos al caer al pavimento. Riendo entre asustados y complacidos, esperando que aquel desafortunado movimiento, no terminara en algo peor si se llegaban a enterar sus padres. A Felipe poco le importaba la verdad, y Esteban lo tenía claro. Pero para él si era deprimente y terriblemente abrumador pensar en lo que le harían, ya podía sentir el vacío en el estómago y el latigazo del cuero de las correas de su padre sobre la piel blanca y bronceada por el sol sabanero de tanto andar en bermudas y pantalonetas de fútbol.

Soltó una risa nostálgica desde arriba al recordar la escena, todavía podía verse con Felipe talud abajo, corriendo por entre las coníferas y los columpios, intentando llegar a toda velocidad hasta la esquina más distante del parque de enfrente, desde donde emprendieron esa tarde la parte final de la huida, por una cuadra del barrio retirada y en contra vía que les permitió salir ilesos del asunto. Tan sólo perdieron el balón, un Golty número 4 de parches negros y blancos, rayado por el uso irrespetuoso en canchas de cemento y que representaba todo lo que más amaba Esteban, el fútbol. Se lo había regalado su madre a los días de llegar a Sabató, luego de ver la depresión que había causado en él la mudanza. Dio en el clavo por completo, a partir de ese momento, el balón hacía parte del cuerpo de Esteban y no lo abandonaba en ningún momento.

Todo había sido confuso para Esteban en ese octubre de 1994 cuando sus padres, el señor y la señora Umaña, habían tomado la decisión de mudarse a Sabató desde su ciudad natal Bogotá. Tan sólo sabía que estaba ubicada a unas tres horas en carro hacia el noroccidente de la

capital colombiana y que mantenía una altura muy similar sobre el nivel del mar. Algunas veces había ido con sus papás los domingos a comer fritanga, pero nada más. No le parecía un lugar muy atractivo la verdad, la sentía como una ciudad dormida y de arquitectura colonial que daba la impresión de estar estancada en el tiempo en medio de la cordillera oriental de los Andes. Esteban todavía recordaba la primera tarde que recorrió sus calles grises con una mirada melancólica que atravesaba los vidrios bañados de lluvia de la ventana trasera del automóvil de sus papás. Mientras cruzaban calle tras calle a una velocidad lenta, con el radio encendido; el noticiero parecía distorsionarse por ratos enviando las voces de los periodistas por lapsos de tiempo sonando como salidas de una caja de cartón; opacas y tapadas, monótonas e impersonales. Todos hablaban igual. Era como una repetición de lo que Esteban veía en las calles. Hombres vestidos de negro, con sombreros, corbatas y sombrillas tan grises como el asfalto. Caminando igual: con prisa y sin prisa al mismo tiempo.

Esteban no quería mudarse de Bogotá, era la ciudad donde había nacido y vivido sus primeros ocho años de vida, la amaba demasiado. Pero tampoco era como si tuviera alguna opción para elegir. Muy a su pesar se estaba haciendo a la idea que tenía que olvidar a sus amigos y los lugares que visitaba con frecuencia desde que tenía memoria. Para él, Bogotá era como vivir inmerso en otra dimensión, todo el tiempo en medio de una tarde soleada en la sabana andina, con un cielo azul lleno de cometas de colores y balones de fútbol de parches negros, que se caían cada tanto y se iban rodando por un pasto de manchas de color amarillo, mientras el frío le acariciaba todo el cuerpo. Una experiencia tan grata que no deseaba dejar atrás.

Pero no tenía muchas opciones la verdad, de manera que estaba haciendo un intento sincero de hacerse a la idea lo más rápido posible desde el día que vio que sus papás habían vendido la pequeña casita que tenían en el barrio Gloria Lara de la localidad de Suba, en Bogotá, y que constituía su único patrimonio material aparte del Renault 4 color azul rey con el que llegaron a Sabató.

El señor y la señora Umaña se habían ido llenos de expectativas y sueños a una ciudad que empezaba a proyectarse con un futuro prometedor, rezaba tener una mejor oferta de calidad de vida y unos costos menores para subsistir. Qué más le podían pedir a la vida. Lo arriesgaron todo y con el dinero que recibieron por la venta de la casa en Bogotá, compraron un apartamento de 80 metros cuadrados en un conjunto residencial con menos de 3 años de antigüedad, que empezaba a reemplazar los terrenos de varios humedales que rodeaban el casco histórico de Sabató para dar paso al mal llamado progreso.

Ya para ese entonces Sabató contaba con buenos colegios privados, algunas sedes de las mejores universidades del país, grandes avenidas

proyectadas y muchos barrios nuevos que se alzaban por entre las grúas de las constructoras y que contrastaban con los caminos reales empedrados y las cubiertas a dos aguas y teja de barro del centro histórico.

Cuando llegaron al nuevo apartamento, Esteban se colgó de una de las ventanas. El edificio residencial tenía en cada una de ellas un voladizo en concreto hacia el interior y exterior. Lugar donde solía verse a las personas tomando el sol mientras observaban a sus vecinos abajo, por los caminos adoquinados que bordeaban los jardines aguardando por cualquier conducta por insignificante que fuera para intrigar. Sobre todo, personas de edad senil que se asomaban con cara amargada y brabucona entre la humareda de la taza de café hirviendo que sostenían entre las manos. Esteban se sentó allí abrazando sus piernas con los dedos de ambas manos cruzadas y divisó el diseño urbano del barrio desde arriba, las calles recién pavimentadas y las vallas publicitarias de los nuevos proyectos residenciales que se alzaban en medio de los lotes rectangulares encerrados en lona. Fue ahí cuando vio por primera vez cómo se alzaba el talud sobre el parque de enfrente, parecía una pitón gigante reposando su comida en medio de algún entramado boscoso de la selva amazónica, fue un amor a primera vista. Lo domaba todo a su paso, rodeaba a los árboles y se cruzaba entre los columpios y las areneras, los rodaderos, las canchas de microfútbol, las de básquet y las golosas. Amaba su forma orgánica y su disposición en el parque. Y mientras perdía su mirada en los lotes vecinos y las personas que caminaban por las calles, empezó a ver correr a los hombres del camión de mudanza que estaban ayudándoles con sus cosas debido a una lluvia torrencial que se desencadenó de repente por encima del barrio, se veía todo hermoso en esa fría tarde sabanera. Por fortuna para Esteban, Sabató tenía casi el mismo clima de Bogotá, unos 14°C constantes todos los días del año. De manera que eso le sacó la primera sonrisa de alivio mientras seguía sentado enfrente de la ventana viendo a los señores del trasteo subiendo las cajas que hacían falta, los objetos personales y los electrodomésticos por las escaleras del edificio residencial a toda velocidad.

También pudo notar que habían estado podando el césped en la mañana. A medida que recorría los prados con la mirada veía los montoncitos de pasto repartidos por los jardines, los andenes y el parque de enfrente, de manera que al arreciar la lluvia en los cielos, no sólo sintió el olor diáfano de la tierra húmeda atravesando su cuerpo, sino que pudo sentir también el olor del césped recién cortado desde arriba, le agradaba. Fue desde ese día que había tomado por costumbre cada vez que llovía, colgarse en el voladizo para sentir los olores sabaneros y empañar el vidrio con el aliento, haciendo dibujos con los dedos antes de que el aire lo desvaneciera para matar el aburrimiento. Luego volvía a empañarlo y como si se tratara de magia, las figuras se regresaban del sueño eterno. Pero la señora Umaña no encontró muy divertido el juego y solía regañarlo cada vez que lo veía haciéndolo. Pero no fue sino hasta años

después cuando empezó a lavar los cristales para ayudarle con los quehaceres domésticos, que Esteban comprendió por qué le molestaba tanto a su mamá que hiciera eso mientras frotaba hojas del periódico dominical para quitar la grasa que se acumulaba en los vidrios.

Lo cierto es que llovió a cántaros en esa temporada de octubre de 1994, tal vez durante semanas enteras sin tregua. En el día todo era gris, y las noches solían ser más oscuras de lo común y tan heladas que el frío intentaba incansablemente de llegar hasta los huesos para corroerlos. La sabana parecía congelada todo el tiempo, se mantenía en el ambiente como la tecla de un piano en una iglesia pulsada incansablemente, como una constante; inclusive cuando el sol se animaba a salir. Pero a pesar de todo, Esteban amaba dormir en las temporadas de lluvia y quedarse profundo mientras escuchaba el arrullo de las gotas mientras golpeaban los tejados, las ventanas y el piso con ese olor a tierra, a humedad y a chizas que es tan típico de las ciudades andinas y es tan fascinante. Todo esto mientras trataba de ocultar hasta la última parte de su cuerpo entre las cobijas evitando movimientos bruscos e involuntarios para ver si así le podía ganar la batalla al frío, que luchaba en todo momento por colarse en cualquier espacio, por pequeño que fuera.

Pero esa misma tarde que llegaron a Sabató, cuando el cielo empezó a abrirse y unos cuantos rayos de sol penetraron, las nubes seguían impávidas ante las evidentes ganas del sol por salir. Con rebeldía y pereza se fueron fundiendo con el calor, y poco a poco los copetones inundaron el cielo y empezaron su concierto por millares mientras se posaban alegres en las copas de los árboles. Bailaban y cantaban felices mientras saltaban de rama en rama sacudiéndose el agua de su cuerpo. Desde la ventana Esteban los veía de lado a lado, queriendo vehementemente estar afuera con ellos, mientras se imaginaba entre sueños saltando de rama en rama en medio de las copas de los árboles también.

Pero aún con el bello canto de los copetones, la sabana seguía lúgubre. Era como si lamentara todavía el cobarde asesinato de Andrés Escobar a mediados de ese año. Esteban todavía lo hacía. Con tan solo ocho años, la violencia de ese país le había frustrado su primer gran sueño: ser jugador de fútbol profesional. Desde ese día comprendió que le había tocado vivir en un país en el que podían matarlo por patear un balón.

Pero ahí, en medio de la fría tarde y con un sol radiante que ya destilaba rayos de color naranja, sintió un atisbo de esperanza cuando el canto de los copetones empezó a ser mermado por un zumbido inmenso, como si fueran miles de maracas al unísono, pero sin ritmo. Como un sintetizador que va en aumento. Como cualquier canción de Pink Floyd. Y de pronto, cuando el clímax de cualquier cosa se acerca y llega ese instante en el que se espera el desenlace mientras el suspenso va en aumento ante la expectativa, un enjambre de cucarrones voladores salió a pasear por el parque abandonando sus cuevas subterráneas. Esteban pensaba, todavía

colgado de la ventana, que de haber estado en el parque y sobre el césped, de seguro habría sentido un fuerte temblor en la tierra. Parecía una plaga divina: como un acto de venganza. La verdad es que se sintió aterrado en un principio. Era la primera vez que los veía tan cerca y se perdió por completo en sus pensamientos viendo el enjambre volando desordenado desde la ventana.

Junto con los insectos empezaron a llegar niños y niñas de todos los conjuntos residenciales que daban hacia el parque de enfrente y empezaron a jugar con ellos. Algunos al principio eran meros espectadores, parecía que de alguna manera tenían el mismo temor de Esteban. Esos tímidos y miedosos se quedaron sobre el andén que bordeaba el parque como si existiera un guardián del bosque encargado de protegerlo colocando una barrera invisible contra miedosos alrededor. En cambio, los más osados y experimentados, corrían en medio del parque y agitaban ambos brazos con las palmas abiertas agarrando cucarrones por montones para luego perseguir a los tímidos por los perímetros y arrojárselos o metérselos por entre la ropa disfrutando cruelmente sus llantos y sus gritos. Era una especie de ritual salvaje de presentación. Así se hacían amigos en los noventas.

Sin embargo, era una guerra injusta tanto para los miedosos como para los insectos, era como estar rodeado de enemigos acérrimos y no contar con los medios suficientes para vencerlos, o era simplemente lograr que se detuvieran, así no más, que pararan. De alguna manera Esteban deseaba con todas sus fuerzas tener alguna fórmula mágica para hacerles entender a esos salvajes que mataban a los insectos y que perseguían a los miedosos para arrojárselos encima, que no tenía ningún sentido lo que hacían.

Fue en medio de estos pensamientos que allá abajo, mientras seguía pegado a la ventana, vio saliendo de la puerta del conjunto residencial por primera vez a Mauricio y a David, quienes cruzaron despacio hacia el enjambre y entraron en él como si nada. Mauricio tenía la espalda ancha y los brazos y piernas gruesas, vestía con una bermuda de yin desflecada en los bordes y una camiseta blanca. Sobrepasaba por mucho en altura a David, le llevaba casi tres cabezas, que caminaba a su lado con una evidente muestra de indiferencia y tranquilidad mirando al piso con ambas manos dentro de los bolsillos traseros de su pantalón negro. Se dirigieron hacia el centro del parque, lugar donde los jardineros habían sembrado varias plantas y árboles en el pie de monte del talud por una extensa parte. Había rosales, uchuvas, abutilones, cerezos y duraznos sabaneros, también pencas de sábila y muchas más especies. El par de niños se dirigió precisamente hacia esta última. Esteban los siguió con la mirada hasta que empezaron a agarrar cucarrón por cucarrón y los fueron clavando en la penca. Así no más, con parsimonia, de una manera elegante. Hablaban y se reían, se chupaban los dedos y se los limpiaban en ambos costados de sus pantalones mientras los iban empalando.

Parecían pinchos de escarabajos, uno detrás del otro, de esos que se ven en los carritos de comida ambulante en algunas calles de Shanghái.

Esteban Los miró por mucho rato jugar desde ahí arriba, viendo todavía por la ventana cómo todos se divertían mientras que él deseaba con todas sus fuerzas poder bajar y jugar con ellos también. Ahí pegado a la ventana lo único que tenía en mente en ese momento era el hecho de imaginar qué carajos iba a hacer cuando estuviera en la acera del frente y le tocara enfrentar el enjambre bajo la mirada acusadora de todos los niños del parque. De manera que empezó a maquinar algún método efectivo para poder hacer de su ritual de iniciación, un éxito. Y por supuesto, de cómo haría para que su mamá le diera permiso de bajar a jugar.

A ella no le hizo mucha gracia que quisiera salir al parque de enfrente, siempre encontró mil y una razones para mantenerlo bajo su cuidado casi siempre excesivo. Lo cual hizo sentir bastante mal a Esteban a pesar de saber que actuaba así por su desbordado amor incondicional. Su mamá fue una mujer que se preocupó constantemente por estar pendiente de todo lo mejor que pudo, fue recursiva y valiente. Con una fortaleza para asumir los retos que la vida le fue trazando en su día a día que no fue por menos, su admirable y fuente favorita para forjar el carácter y para enfrentarlo todo. Esteban estaba seguro que sin su amor y sus consejos habría sido imposible llegar a ser — una persona de bien —, tal como solían expresarse sus padres constantemente.

De manera que sentía un poco de miedo y cansancio tan solo de pensar en pedirle permiso, lo cual le iba a llevar a un NO rotundo al primer intento, lo que redundaría en una serie de ruegos para ver si conseguía el objetivo. Lo cual finalmente logró ese día después de su eterno “por favor, por favor” mientras juntaba ambas manos en señal de plegaria y le pestañeaba repetidamente persiguiéndola por todo el apartamento.

— No te me mueves del frente, y Esteban por favor, mucho cuidado. Nada de recibirle cosas a extraños ni hablar con ellos; ya hemos hablado muchas veces del tema — le dijo mientras se detenía en medio del pasillo del apartamento y se daba la vuelta para mirarlo con ternura e impaciencia al mismo tiempo, con sus manos en la cintura — mucho menos irte. Si pasa algo o vez algo que no te gusta: grita, muerde, da patadas, forma un escándalo. No quiero enterarme que te has movido del parque jovencito. Recuerda que te tengo vigilado. — Le sentenció llevándose los dedos a los ojos.

— No señora.

—Y ponte un saco que está haciendo mucho frío.

— Sí señora.

Así que salió caminando campante y alegre agarrando una bolsa del cajón de la cocina donde su mamá las guardaba cada vez que el señor Umaña llegaba de hacer el mercado. Deshizo el doblez triangular y llegó al andén del parque visualizando su proyecto. Que si tenía miedo: por supuesto. De hecho, se volvió todavía más aterrador cuando los tuvo cerca. Uno de ellos pasó zumbándole la oreja derecha y al girarse instintivamente, otro le pasó tan cerca de la cara que estuvo por mucho tiempo recordando el contacto de las alas recorriendo sus cachetes, fue realmente asqueroso. Su aleteo cercano lo dejó aturdido, con la sensación de un pitido agudo e infinito retumbando por entre los oídos. Entonces Esteban saltó y agitó ambos brazos para protegerse y tan maldita fue su suerte, que, atemorizado y espantado, lanzó un grito seco y agudo aterradoramente ingenuo. Algunos niños que estaban por ahí se rieron al escucharlo. Definitivamente no era la entrada gloriosa que había proyectado en sueños desde la ventana minutos atrás. Pero, aun así, se detuvo intentando encontrar cualquier resquicio que le permitiera encontrar la calma. Respiró profundo, y con determinación se aventuró entre los bichos en un segundo intento.

Sentía el olor del césped recién cortado mucho más fuerte con cada paso que daba, le gustaba todavía más que hacía un rato cuando lo había sentido desde la ventana, su aroma le quitaba el hambre y la ansiedad, lo saciaba. Esteban se sentía como inmerso en una escena de alguna película vieja que pasaba en cámara lenta y a blanco y negro. Se le puso la piel de gallina por el frío y por las alas de los insectos que revoloteaban por todos lados experimentando cierto éxtasis en medio de la situación. Notó entonces que Mauricio, David y otros niños lo miraban como a la expectativa, pero conservando sus risas burlonas que veía reflejadas en sus rostros. Volteó la mirada y se concentró nuevamente en su objetivo. De manera que fue cogiendo cucarrones con la mano derecha metiéndolos en la bolsa plástica sin pausa; no lo pensó, fue un movimiento mecánico. Hizo esa labor por un largo rato. Para cuando estuvo satisfecho fue cerrando la bolsa sin parar siquiera, retornó hacia el andén y la lanzó a la mitad de la calle. Un colectivo de servicio público venía de cerca, pero, al parecer, el señor que iba manejando alcanzó a ver la bolsa volando y la esquivó con la maestría propia del conductor de buses públicos. Mientras tanto escuchaba nuevamente las risas de los niños a sus espaldas. Ahora no sabía qué hacer. Así que, en otra toma de decisiones apresuradas, saltó a la avenida y fue por la bolsa para regresar al andén esperando a que viniera otro carro y esta vez sí poder lanzarla cuando pasara por el frente. Tenía que coordinar el movimiento del brazo al lanzar la bolsa, el viento, y la velocidad del automóvil perfectamente.

La plasta color crema que se parecía más a la avena que solía comer de desayuno todos los días, salió del interior de los cucarrones y marcó el asfalto cuando la llanta del vehículo explotó la bolsa. El zumbido cesó casi

en su totalidad, apenas mantenido por uno que otro bicho que había quedado medio vivo y que, ante el horror de lo sucedido, aleteaba con desesperación entre los cadáveres de su especie, exterminada en minutos; y fue seguido por una ovación. Al darse la vuelta, Esteban pudo ver un coro de niños y niñas entusiasmados con la proeza. Inmediatamente muchos de ellos fueron a buscar bolsas plásticas y pasaron el resto de la tarde arrojando miles de cucarrones a las llantas de los carros y los buses públicos. Lo hicieron el resto del mes, esperaban que escampara en esas frías tardes de octubre y muchos salían a jugar todavía con el uniforme del colegio puesto, aguardando con paciencia el enjambre de cucarrones cada día más escaso ante la masacre, para empalarlos o arrojarlos a los carros de la calle que dividía los conjuntos con el parque de enfrente. Esteban se había convertido en cuestión de minutos, en el inquisidor por excelencia de los pobres bichos.

Mauricio posó una mano en su hombro y lo distrajo. Ya no podía pensar con claridad, en su mente se abullonaban recuerdos de otros tiempos, que se diluían en las lágrimas de sus ojos, que caían al pasto del talud llevándolos consigo, queriendo desaparecer en la tierra que los absorbía quizás hasta encontrar las cuevas subterráneas que habían logrado sobrevivir año tras año a nuestra especie demente y arrasadora. Sin darse cuenta, esas lágrimas silenciosas y llenas de recuerdos habían logrado la reacción de apoyo de Mauricio, que sostenía con su otra mano el baúl con las cenizas de su primo. Ya no podía acordarse claramente cómo fue que recuperaron el balón Golty esa tarde con Felipe cuando estallaron el vidrio de ese automóvil. Tenía en su mente, como si hubiera pasado ese mismo día, la primera vez que se había parado ahí para matar cucarrones voladores con Mauricio y David.

Intentando alejarse un poco de sus pensamientos, y mirando de soslayo a Mauricio, le preguntó.

— ¿Y Martina? No la he visto estos días, no apareció en el funeral ni en el cementerio.

— Se fue hermano. — Dijo Mauricio, soltando un suspiro profundo. — Todos nos vamos algún día, quizás este sea el momento ideal.

— De qué está hablando Mauro, ¿cómo así que se fue? ¿Se fue para dónde o qué? Ahora lo necesito; los necesito, quiero decir. — Dijo Esteban volteando a mirar a David. — más que a nada en el mundo.

— Usted no me necesita Esteban, créame. — Dijo Mauricio.

— Deje de decir güevonadas. — Le dijo, mirándolo nuevamente a los ojos. Encontrando extraña su mirada, distante. Llena de culpa. — Esto no es

culpa suya, de nadie en lo absoluto. Que eso le quede claro. Yo a usted lo quiero como a un hermano, y los hermanos no se abandonan.

Lo rodeó con ambas manos y lo tomó por el cuello, agachó su cabeza hasta su altura, y le dio un beso en la cabeza, luego se la sacudió con la mano revolcándole el pelo y se sentó en el talud, suspirando con los hombros desgonzados. Seguía en su cabeza la primera tarde que había estado en el parque de enfrente y llegó a preguntarse por un momento si todo esto no era un mal sueño, se preguntó si de repente iba a despertar encontrándose nuevamente en Bogotá, en su querida Bogotá, que no había vuelto a ver y que la sentía tan lejos que parecía el pedazo de una vida prestada.

Lo invadió Martina de repente por lo que le había dicho Mauricio, "cómo era eso que se había ido, para dónde carajos". Se repetía en la cabeza. También a ella la había conocido esa tarde de octubre de 1994 después de la masacre de los cucarrones voladores. Cuando la vio quedo perplejo por su belleza, todo se detuvo a su alrededor, a excepción de ella. Seguía sus movimientos mientras ella tomaba el balón de fútbol y hacía una finta de ensueño para esquivar dos rivales. Esteban perdió la mirada por completo en su pelo negro, brillante por el sudor y pegado en la piel de su rostro. Veía sus mejillas sonrojadas por el esfuerzo, que enmarcaban sus cachetes pronunciados de una manera tan perfecta como no haría nunca ningún rubor artificial años después, cuando dejara los balones y se dedicara a ser otra Martina, la que nunca quiso. Es que después de verla por primera vez, y mientras seguía de pie sobre el pasto del parque de enfrente cuando acabó la masacre que había producido, también tuvo la oportunidad de forjar las dos amistades más duraderas de su infancia, y fue el mismo Mauricio quién dio el primer paso.

— El niño nuevo se enamoró del machito. — Le había dicho Mauricio, cuando notó cómo todos los niños, incluso él, tenían los ojos puestos en Esteban, mientras que él solo tenía ojos para Martina. Se giró entonces sin contestar a su provocación.

— ¿Puedo jugar con ustedes? Soy Esteban. — Les preguntó olvidándose por un momento de Martina.

— Me da igual, pero la tonta no puede venir. — Le dijo mientras movía su cabeza con fastidio en dirección a la cancha de microfútbol. — Yo soy Mauro y este es Deivid — siguió diciendo mientras señalaba con su dedo pulgar levantado a David, que apenas se esforzó por alzar los hombros con total indiferencia. Cruzaron las miradas y se sonrieron con amabilidad.

— Eso de allá… Bien pensado. — Le dijo David con aprobación, cerrando su puño izquierdo y ofreciéndoselo a manera de saludo. Esteban no entendió lo que quería decirle David. De modo que él mismo le tomó la

mano derecha, se la cerró en forma de puño y la chocó con la suya.

— ¿Bien pensado? ¡Estuvo genial todo ese reguero de mierda por el piso! A S O M B R O S O. — Dijo Mauricio.

— Ehh sí… gracias, no fue para tanto. — Les dijo Esteban llevándose una mano a la cabeza mientras agachaba la mirada pensando que ellos no sabían que ni siquiera él sabía cómo era que había logrado hacer algo así. Además, empezaba a sentirse seriamente mal por los pobres cucarrones que había matado, sentía el estómago revolcado.

Los dos se miraron incómodos por su modestia y se rieron. Mauricio puso su brazo izquierdo por encima de los hombros de Esteban obligándolo a dar la vuelta. Ahí emprendieron el camino los tres en medio del césped hasta las pencas de sábila. Esteban alzó la mirada por encima de los hombros buscando a Martina en la cancha de microfútbol intentando llevarse algo más de ella consigo antes de perderla de vista por completo. Al llegar a las plantas siguieron cazando y enterrando cucarrones voladores en las puntas de la sábila durante el resto de la tarde, casi en silencio. Esteban con la mente perdida en la niña futbolista de cabello negro y cola de caballo de la cancha de microfútbol.

La hazaña le trajo dos cosas buenas y una mala; por un lado, había conocido a Mauricio y a David, y por otro, que definitivamente nunca más probó la avena. Cuando su mamá le servía el plato, esperaba a verla distraída para desplazarse con sigilo hasta el inodoro y poder de esta manera arrojar el plato de crema sin vacilar. La mala fue Martina.

Es que de todas las cosas que había vivido en su niñez, no había existido otra más intensa y estúpida que Martina. Todavía no olvidaba lo perdidamente enamorado que había quedado después de esa tarde de octubre, y las cosas se pusieron todavía peores en las semanas siguientes. La veía casi todas las tardes jugando en las canchas de microfútbol del parque de enfrente, y se deleitaba completamente en ella, quedando inmerso con cada uno de sus movimientos inclusive cuando su mamá no lo dejaba bajar al parque y le tocaba prenderse una vez más de la ventana del apartamento, entrecerrando los ojos para buscarla y no perderla de vista ni por un segundo.

Para cuando se acercaron las vacaciones escolares de 1994, Esteban no encontraba otra razón más para vivir que Martina. Se había convertido en una rutina obligatoria espiarla por las tardes mientras escribía su nombre en todos los cuadernos del colegio, y si no la veía, perdía el tiempo inventando acrósticos amorosos con las iniciales de su nombre, que siempre terminaban bien para él.

Esteban estaba convencido por esa época que Martina también lo amaba, y consideraba como certeza que, si ella no le había dicho nada aún, ni

había hecho público su amor por él, era por temor a ser rechazada. De modo que Esteban empezó a lucirse en la cancha de microfútbol cuando podía bajar a jugar un rato. Y como era habilidoso con el balón, estaba convencido que, si lo hacía todo en solitario, le dejaría claro a Martina lo bien que jugaba y con seguridad eso la enamoraría todavía más de él. Lo cierto es que fue contraproducente ya que, a las semanas de bajar a jugar con esa actitud, los niños que también eran recurrentes en las canchas lo habían apodado "el amarrado". Así que tuvo que conformarse con verlos jugar desde el talud o desde la ventana de su apartamento porque ya nadie quería jugar con él por no prestar el balón un solo momento.

Pero todo cambió cuando llegó su primo Felipe el día antes de la noche de las velitas de ese mismo año a pasar la temporada de vacaciones en su casa. Ese seis de diciembre y a pesar de estar en vacaciones, Esteban tenía una rutina ajetreada ya que sus padres siempre encontraron la manera de enredarlo en tediosas actividades que inventaban para mantenerlo en cintura, educado, y "aprovechando el tiempo en cosas constructivas" — según sus propias palabras. — Pero tenía claro que su primo sería la manera ideal y efectiva de poder volver a jugar con Martina en las canchas de microfútbol del parque de enfrente, así que esperó ansioso el terminar sus actividades diarias cuando sus padres le dijeron que esa tarde llegaría su primo. Por fortuna para Esteban, ellos le permitieron escoger algunas actividades extracurriculares. Él por supuesto había elegido el fútbol como primera opción. Se emocionaba mucho al sentir el balón en sus pies, verlo rodar por el pasto, poder dominarlo y anotar en la red, que se inflaba y parecía detenerse por segundos. Se perdía imitando las celebraciones de los jugadores de fútbol famosos de la época, imaginando las ovaciones que le hacía el público después de anotar uno, dos, cinco, veinte goles. Así que, desde ese año, en octubre cuando habían llegado a Sabató, estaba entrenando en una escuela que era dependencia del club de sus amores.

Tenía cierta ventaja que su papá, un gran aficionado al fútbol, lo estuviera apoyando. A pesar de ser tan buen lector, eso nunca le impidió ser aficionado al balón pie. De hecho, se molestaba mucho cuando las personas se asombraban por su gusto, para la mayoría dual. En cambio, para él era completamente normal, y siempre le repetía a Esteban que nunca permitiera que las personas lo encasillaran en algo, cualquier cosa. Siempre le decía que no existía una manera más terrible en el mundo de mostrarse ignorante, que ir por ahí juzgando lo que no se conocía con repudio, con altivez. Y lo instó en repetidas ocasiones para que huyera de esas personas cuando lo veía llegando del colegio, del parque de enfrente, o de los entrenamientos cabizbajo, afectado por las declaraciones punzantes, odiosas y testarudas de esas personas. Y claro, para que trabajara diariamente en hacerse menos ignorante. Porque también se lo decía constantemente: "lo malo no es ser ignorante, lo malo es no darse cuenta que se es". Para él era lógico hacer varias cosas, por alejadas y diferentes que parecieran, muy bien. Por otro lado, también era evidente

que le fastidiaban mucho las personas que veían el fútbol como algo meramente físico, como algo estúpido y sin valor. En pocas palabras: toda su vida amó leer a Borges, pero le fastidiaba su manera de ver el fútbol. Eso era harina de otro costal.

Desde muy pequeño le dejó como una herencia sentimental ese amor por el equipo que también era de sus amores, que a su vez heredó de su abuelo. Porque ser hincha de fútbol es, sobre todo: tradición. Porque a pesar de querer siempre ganar, también se va por unos colores, por un escudo, por unos guerreros. Contra todo y todos, sin distinciones. Con pasión y desenfreno. Porque amar lo que está de moda es muy fácil, pero amar algo con sus defectos y virtudes es un amor como ningún otro en este mundo.

Cuando su papá llegó una semana después de llegar a Sabató con el uniforme nuevo, bordado con el escudo de su equipo, él no cabía de la dicha. Lo estrenó ese mismo día en la cancha del parque de enfrente, ante las burlas de muchos niños que le decían que era hincha del peor equipo del mundo. Pero como les decía, hacía ya rato que Esteban trabajaba para no tener que discutir con esas personas. Esa tarde anotó cuatro goles, dos al palo izquierdo, uno al palo derecho y otro entre las piernas de la portera. Todos se los dedicó en silencio a Martina, que lo miraba con fastidio mientras sacaba el balón de la red. Para su mamá tampoco fue divertido ya que tuvo que lavar el uniforme y ponerlo detrás del refrigerador para que alcanzara a estar listo a primera hora del día siguiente que empezaba los entrenamientos.

De manera que en la víspera de la noche de las velitas que había llegado su primo Felipe, Esteban ya tenía una lista de actividades preparada. A las ocho de la mañana tenía que estar en el centro de concentración de la escuela de fútbol. Ahí duraba hasta las once, se comía el sánduche de jamón, queso doble crema y lechuga batavia relleno de mayonesa que les daban en la academia, que siempre llegaba bien envuelto en vinipél y enrollado en una servilleta. Que, por desgracia para ellos, a esa hora estaba tan traslúcida que no lograban identificar qué era pan y qué servilleta. Se los daban con un juguito de caja de cualquier sabor y los comían en la ruta que los regresaba a casa. Sobre el medio día lo dejaban en la portería del conjunto residencial. Allí mismo estaba su papá esperándolo dentro del carro y sin dejarlo siquiera cambiar arrancaba enseguida para sus clases de inglés en un instituto lejano. Allá vivía dos horas tediosas de estudio que se le volvían un infierno no solo a él, sino también para sus compañeros y profesores ya que llegaba oliendo a sudor, pasto y tierra. Por si fuera poco, iba dejando un rastro de las mismas por el piso, ya que incluso llegaba a clases con los guayos puestos y con los cachetes colorados.

A las tres de la tarde y muerto del cansancio, salía con su papá quien muy pacientemente lo esperaba en la salita de entrada mientras leía un libro.

En todos los años que duró con esa rutina, no recuerda haberlo visto llevar el mismo dos fines de semana seguidos. Quedaba tan absorto en la ficción de las novelas que por lo regular le tocaba agarrarlo por el hombro para que se diera cuenta que ya había terminado la clase; es que de verdad ni su propia voz escuchaba. Nunca en su vida, nunca, Esteban conoció una persona más metódica y disciplinada que su papá.

El señor Umaña tuvo la fortuna de conocerse muy bien desde niño, y esa capacidad para conocer tanto sus defectos como sus virtudes al derecho y al revés le permitieron usar estas últimas para disminuir los efectos de las primeras. De alguna manera a eso se debió su éxito, a eso y a su disciplina. Mantenía una pequeña agenda en el bolsillo de su camisa y un esfero plateado colgando del mismo, lo cual le permitía tener un horario estricto y controlado, en el cuál hacía apuntes y notas desconocidas para todos.

Todas las noches cuando llegaba del trabajo, se quitaba su traje de paño y lo colgaba inmediatamente, sus zapatos los dejaba en la parte baja del clóset, uno junto al otro y luego sacaba las pantuflas. Su corbata iba para otro gancho, medias y camisa a la canasta de la ropa sucia, y la ropa interior a la ducha. Se ponía unos calzoncillos limpios del cajón del medio y encima una pijama completa de manga larga y que por lo regular venía con estampado de rayas o de cuadros. Eso de la ropa interior fue quizás la costumbre más extraña que Esteban le vio siempre a su padre. Al día siguiente se metía a la ducha y lavaba los calzoncillos del día anterior y los que usaba para dormir, ahí mismo, con una barra de jabón de ropa que mantenía en el cajón del lavamanos. Porque sí, usaba dos diarios: unos para el día y otros para descansar. Esteban creía que su pudor no le permitió nunca que su mamá viera su ropa interior cagada, meada, o con olor a sudor trasnochado.

Esteban también había concluido, después de darle muchas vueltas y ver ese tipo de acciones a diario por muchos años, que además de su pudor, lo hacía pensando en su mamá, en que se rompiera menos la espalda, en ayudarle, aunque fuera con su ropa interior. Y también por vanidad y amor, siempre quiso que lo viera regio: emperifollado, bien peinado y perfumado. Tiempo después, y eso que Esteban le tomaba del pelo con que hacía todo eso para ayudar a su mamá con los quehaceres y que lo viera apuesto, se volteaba para otro lado mirándolo serio mientras refunfuñaba y lo negaba por completo. Así fue hasta el día que murió. Con esa actitud de macho alfa que tenía que permanecer en el aire, en las fotos, ante la familia y los vecinos, ante los profesores del colegio. Esa actitud anacrónica y estúpida que lo hacía sentirse el rey de la casa, el controlador de su mundo. Lo extraño es que ese actuar no sólo era importantísimo para él; sino también para su mamá, que era más machista que su propio papá. Y como todo en el señor Umaña tenía ese orden metódico, su hijo no podía ser la excepción. Después de salir de las clases de inglés tenía que llegar a la casa y arreglar la cocina, así le

ayudaba a su mamá en esa época. Cuando llegó en la tarde de ese seis de diciembre se encontró a Felipe divagando por el apartamento y se puso feliz cuando lo vio, había encontrado la excusa perfecta para regresar a la vida de Martina y de manera triunfal. Felipe jugaba muy bien también, y se entendían a la perfección en el campo de juego, de manera que sería fácil dejar atrás las tardes frías desde la ventana o el talud, viendo a todos jugar con Martina mientras él permanecía al margen de todo, como si no existiera.

Pero sus padres no lo dejaron salir esa tarde, al llegar del instituto de inglés lo obligaron a arreglar la cocina, limpiar las ollas con esponja de brillo hasta que quedaron como un espejo, lavar los platos y los cubiertos del almuerzo, botar la basura y brillar el piso. De manera que al terminar las labores y mirar el reloj de pared de la cocina se dio cuenta de la hora y supo que ya era demasiado tarde. Así transcurrió su niñez. Entre las rutinas tediosas impuestas por sus padres, que consiguieron durante todos esos años alejarlo de la libertad propia de su edad. Que fue sustituida una y otra vez por responsabilidades que no pedía, disciplina exagerada, tareas que exigían de sus sentidos muchas veces más de lo que podía o quería ofrecer.

Esa situación lamentablemente llevo a un distanciamiento en la relación que tenía con sus padres que no pudieron superar nunca. Poco después y saturado por tantas responsabilidades, Esteban empezó a mentir para poder tener un poco de tiempo libre. Se enfermaba a propósito, se volaba del colegio, se encerraba en el baño del instituto de inglés las dos horas para no tener que estar presente en el salón de clases. Todo lo que quería era un poco de tiempo para él, un poco de espacio justo como el que tenían todos sus amigos. Pero esas decisiones solo consiguieron empeorar la situación. Sus padres se empezaron a preocupar exageradamente cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Llegaron incluso a pensar que alguien podía haber abusado de él sexualmente y que por eso se estaba retrayendo del mundo. Para Esteban seguía siendo difícil de entender eso, no podía creer que sus papás pudieran pensar algo semejante. Así que mantuvieron por mucho tiempo una serie de entrevistas en la sala del apartamento donde se veían la cara los tres y donde ellos seguían reprochándole todo, llorando a cántaros, escandalizándose por sus actos, todo un drama. Esteban por el contrario permanecía callado, prefería no decir nada. Era como si su mente sufriera algún tipo de bloqueo indescifrable donde no encontraba qué decirles porque de verdad no tenía nada que decir, no había nada que justificara sus actos. Además, Esteban por esa época empezó a sentir que les tenía un poco de miedo también. Miedo a las consecuencias de lo que pudieran hacer cuando supieran que lo que quería hacer era llegar del colegio y salir a jugar al parque, nada más. O sentarse en la ventana a leer lo que él quisiera y no lo que le impusieran. Desafortunadamente nunca pudo crear ese vínculo especial, esa confianza. Luchó todos esos años con el

deseo siempre constante de querer ser lo que era: un niño.

De modo que esa tarde, después de terminar todas sus actividades y caer rendido al lado de Felipe. Dio por perdidas las escasas posibilidades que tendría para poder bajar con su primo y jugar un rato en el parque de enfrente. Volteó su mirada a la ventana y vio el azul oscuro del ambiente posterior al ocaso, que ya para ese momento se había esparcido como una plaga por todos lados, lo que había despertado las luces del alumbrado público que prendían disparejas, todavía frías e intermitentes a lo lejos. Se sintió agotado entonces, exhausto por todo lo que había hecho, le dolían las plantas de los pies, que parecían bombear pedazos de carne y sangre por entre los tenis como deseando explotar.

Se quedaron ahí un largo rato, Esteban recostado con ambas manos detrás de su nuca y Felipe oprimiendo varios botones del control de video juegos con rabia. Estuvieron ahí hasta que las voces de los niños se fueron apagando en el parque de enfrente, sin decirse nada el uno al otro, disfrutando de su compañía hasta quedarse dormidos.

Así fue como llegó el siete de diciembre con su noche de velitas, uno de los días más entretenidos del año. Fue un día espantoso, nada comparado con las expectativas que tenía Esteban en mente. Lo había esperado tanto que resultó más que decepcionante. Ese día, al acabar con los arreglos de la cocina en la tarde después de otro día de entrenamientos y clases, se dio un buen baño intentando recuperar las fuerzas para la fiesta de esa noche, esperaba poder encontrarse con Martina, presentársela a su primo. Al salir del baño su mamá le había dejado la ropa nueva sobre la cama perfectamente planchada, la camisa sobre el pantalón, al lado izquierdo el cinturón enroscado, y al lado derecho las medias en bolita con los calzoncillos doblados en cuadrito. Los zapatos estaban en el piso, uno junto al otro, perfectamente justificados con las botas del pantalón. Cuando Esteban salió con la muda nueva puesta, La señora de Umaña lo peinó y acto seguido le estampó un par de besos con labial rojo fuego en ambas mejillas.

Como era costumbre, la reunión de ese día se estaba planeando desde hacía varias semanas con la colaboración de los vecinos y la administración del conjunto residencial. Habían puesto carteleras en todos los edificios y en la entrada de la portería anunciando el evento. Harían fogatas, prenderían velas, pondrían música. Su mamá estaba encargada de hacer los buñuelos y desde muy temprano se había puesto en la labor, el señor Umaña solía decir que no existían unos más ricos en todo el país. La abuela de Mauricio había puesto su carrito ambulante con pasteles de yuca, mientras que otros vecinos habían sacado natilla, postres, sancocho de gallina en leña, ajiaco, sabajón, chicha y masato. El señor Umaña se encargó de comprar la pólvora para el evento y distribuyó las bengalas y

las velas entre los niños presentes. Solamente hasta ese momento fue que Esteban comprendió por qué su padre había decidido meterse en eso cuando no le gustaba mucho involucrarse en la organización de ese tipo de eventos. Pues resulta que a él no le dio ni una sola bengala para encender, le parecía que eran demasiado peligrosas para dejárselas a su hijo.

Fue así como después de un día horrible para Esteban, el señor Umaña había conseguido cagarse en la fiesta también. De manera que caminó cabizbajo hasta el andén más apartado del bullicio, viendo pasar a los vecinos con botellas de aguardiente y latas de cerveza en la mano, a los grupos de niños de distintas edades que se correteaban con las bengalas encendidas, mientras reían y gritaban en medio de los sonidos del acordeón vallenato, la música de cuerda y las orquestas tropicales tradicionales que inundaban de espíritu navideño a todos los presentes, logrando una atmósfera ideal para el inicio de las fiestas de fin de año. Fue en medio de ese momento de desconsuelo que sintió un corrientazo que recorrió cada parte de su cuerpo una y otra vez cuando vio a Martina caminar por entre la gente. Tenía un vestido color curuba y una cola de caballo amarrada con una cinta amarilla. Se veía hermosa. Su cabello ondeaba de lado a lado con cada paso que daba, y por un segundo sintió que sus miradas se encontraron deteniendo el mundo entero a su alrededor. Su primo, que hacía rato andaba jugando con la pólvora en distintos grupos de niños quedó estático al ver a Martina, y ella, que era la primera vez que lo veía también se detuvo por completo casi al mismo tiempo, se miraron por unos segundos que parecieron otra eternidad para Esteban, y después tuvo que ver a Martina agachando la cabeza por el color rojo en sus cachetes que se habían encendido al instante. Lo vio todo desde el otro lado sentado en el andén y ya no quiso saber más de aquella noche, volvió sobre sus pasos hasta donde estaban sus papás y les avisó que se iría a descansar. Caminó sobre los adoquines y subió las escaleras en un silencio que sólo fue interrumpido por las lágrimas de sus ojos que caían sin tregua por el rostro, ya para ese momento, inevitables.

Capítulo 2

Felipe

Habían pasado tres años desde aquel diciembre en que había conocido a Martina en la casa de su primo y no la había apartado de su corazón desde ese instante. Ese año de 1997 fue especialmente trágico para Felipe. Su mamá estaba cada vez más deteriorada por la enfermedad mental que le habían descubiertos los médicos hacía tan sólo un año, y él sufría en silencio todos los días la miserable vida que su papá lo obligaba a vivir. De manera que esperaba con mucho anhelo que acabara la temporada escolar para regresar donde Esteban, allá donde todo parecía congelado en una eterna primavera y donde podría ver a Martina.

Fue un amor fácil desde la primera noche, ella había resuelto entregarse a Felipe sin temor alguno, y él, que no tenía voluntad alguna para resistirse ante ella, se dejó llevar por el amor que también sintió desde esa noche que la vio por vez primera, y que consiguió corroer su corazón apresuradamente.

Sobre el medio día de una tarde de septiembre de ese año de 1997, Felipe contaba los días que le faltaban para acabar el colegio mientras alistaba la mesa para servir el almuerzo que había preparado, al terminar se sentó en el comedor en silencio donde ya se encontraba su padre a la espera de la comida. Al empezar a comer el silencio se acentuó en el entorno, y solamente fue interrumpido por el noticiero del medio día que anunciaba los titulares a través de una voz corriente y sin color que era alterada en el ambiente únicamente por el chirrido de los cubiertos, que empezaron a trinchar a mansalva pedazos de carne frita servida sobre los platos que estaban encima de la mesa.

Apenas si se escapaban los chasquidos de los dientes de los comensales al masticar los nervios duros con insistencia. *"Atención, enfrentamientos entre guerrilleros y fuerzas militares en zona rural del Cauca dejan 19 muertos y 26 heridos".* Felipe y su padre tomaron los vasos llenos de jugo con algunos cubitos de hielo que flotaban y se desvanecían lentamente en su superficie, para bogar de ellos a placer casi al mismo tiempo, haciendo que se escuchara ahogado en ese espacio de tiempo el sonido que producía el líquido al bajar por sus amígdalas. *"Testimonios de los sobrevivientes de la masacre de Torbao culpabilizan al bloque sur de las autodefensas por el atentado que dejó 119 muertos y 68 desaparecidos el mes pasado".* Sólo hasta que los vasos reposaron sobre la mesa nuevamente, la procesión carnívora continuó. Sin decirse una palabra ni

mirarse el uno al otro, ignorándose por completo. Encontrando placentera y cotidiana la voz monótona del televisor que ayudaba a llenar el entorno y aminorar ese momento incómodo. *"La selección Colombia se prepara de cara a sus encuentros internacionales de la próxima semana en Miami. Desde hoy empiezan a llegar los convocados".*

Con comida todavía en la boca y mirando atentamente su plato mientras jugueteaba con los cubiertos en sus manos, el papá de Felipe le dijo.

— ¿Jugará este tipo? ¿Cómo es que se llama? ¿Ese, el que se fue a Argentina comenzando el año?

Bajó los codos hasta dar contra el borde de la mesa, y por primera vez desde que habían empezado a comer tuvo el valor de levantar la mirada para dirigirse a su hijo con los ojos fríos y pálidos. Felipe se lo quedó viendo por unos segundos que parecieron una eternidad, lleno de frialdad también. Cada vez que escuchaba la voz de su papá tan tranquila e impersonal, lo llenaba una ira incontrolable. De manera que prefirió guardar silencio ante la estúpida pregunta de su padre, no le había hablado en días y le salía con esas. Le interesaba cualquier cosa menos cuáles serían los tipos convocados para jugar en la selección Colombia. *"Felipe Gutiérrez, el primer descabezado por el profe Gómez para los partidos de preparación".*

— ¿Por qué no dice nada? ¿Es que le cuesta mucho contestarme? Maldita vida la mía con usted. — Siguió diciendo poniéndose de pie con torpeza, trastabillando con su silla y desequilibrando la mesa del comedor por donde rodaron los vasos medio llenos de jugo, cayendo uno contra el piso destrozándose por completo. — Bien pendejo yo que me pongo a preguntarle a un bueno para nada. Qué va usted a saber. — Terminó diciendo mientras lanzaba una servilleta arrugada y sucia en el medio de la mesa y se alejaba despacio por el corredor.

"Presidente Vargas le dice NO a la mesa de diálogo con los grupos insurgentes". Felipe se quedó estático, aguantando lo mejor que pudo la respiración, que hacía que le temblara la garganta y la nariz al intentar soltar el aire suavemente. Luego volvió a trinchar otro trozo de carne y se lo llevó a la boca en silencio.

Escuchó a lo lejos el sonido de la puerta de entrada de la casa que se cerró durísimo, apagando el bullicio de afuera que había logrado colarse por un momento en el interior de la vivienda, interrumpiendo el silencio que reinaba de costumbre. Terminó de comer despacio, tomando pequeños bocados fríos del plato mientras seguía escuchando los titulares del noticiero del medio día y el gotear del jugo que caía del mantel a las baldosas frías sin chistar. *"El cantante puertorriqueño Luciano Guerra se*

separa".

Luego se levantó y apagó el televisor con el control remoto que estaba encima de la mesa auxiliar de la sala, tomó los platos sucios y el vaso que quedó del incidente y se fue hasta el lavaplatos para dejar todo dentro. Retornó con un trapo hasta el comedor y limpió la mesa. Luego fue por una escoba y un recogedor para levantar las esquirlas que se habían esparcido escandalosamente por el piso.

Felipe tenía tiempo que se encargaba de los quehaceres en su casa, sobre todo desde que su mamá empeoró y permanecía más tiempo internada en el hospital que en el hogar. Así que se le notaba la agilidad con la que se desenvolvía en las labores domésticas.

Luego regresó hasta el lavaplatos y abrió el grifo en su totalidad. En ese mismo momento escuchó nuevamente el bullicio del exterior al abrirse la puerta. Sintió unos pasos acercarse a donde estaba y pudo escuchar el carraspeo de la garganta de su padre por detrás de él. Sin decirle nada, le pasó por encima para abrir el cajón de los cubiertos que estaba en el mueble junto al lavaplatos. Lo apartó con brusquedad sin decirle una palabra, revolcando todo por dentro. Cerró el cajón con furia al no encontrar lo que buscaba. Abrió otros cuantos, miró por encima de la nevera y los compartimientos superiores, pero no encontró lo que necesitaba.

— ¿Usted qué me hizo el encendedor? — Le dijo acusándolo.

Felipe se recostó contra el mesón de la cocina y se cruzó de brazos.

— No tengo idea de qué me está hablando papá. Yo no he cogido nada.

Siguió entonces mirando por otro rincón de la cocina sin estar contento con la respuesta de su hijo.

— Claro, hágase el güevón. Usted nunca tiene la culpa de nada, ¿cierto?

— Ya le he dicho que no lo he visto. No sé qué más quiere que le diga.

Se escuchó el golpe seco que le volteó la cara por completo cuando su papá le dio el manotazo

— ¡A mí no me contesta carajo! Ehh… Quién se cree que es, pendejo de mierda.

Tomó entonces un cigarrillo de la cajetilla que tenía en uno de los bolsillos y lo prendió inclinado en la estufa de gas que encendió con una de las manos. Se enderezó y botó la bocanada de humo que rápidamente llenó de grises y sombras la cocina mientras salía de la casa nuevamente dando

otro portazo.

“Si mi mamá estuviera acá, si tan solo no hubiera perdido las fuerzas para seguir luchando las cosas serían muy distintas”. Se decía Felipe con lágrimas en los ojos, más de rabia que de dolor por lo sucedido, mientras permanecía acurrucado en el piso, contra uno de los cajones inferiores de la cocina donde había ido a parar por el manotazo.

Se incorporó rápidamente cuando sintió que su papá entraba nuevamente en la casa. En ese momento prefería cualquier cosa, incluso otro golpe, que dejarse ver derrotado y afectado por las acciones de su padre. Lo escuchó caminando por la zona social, prendiendo el televisor nuevamente y sacando una copa de cristal del bifé del comedor. “Ya va a empezar a beber y no son ni la una de la tarde.” Pensó Felipe que se había acostumbrado a ver a su papá desahogándose en el aguardiente por lo menos la mitad de los días de la semana por tantos años como recordaba haber vivido.

Viéndolo ahí sentado tomando aguardiente, Felipe recordó una mañana de domingo el año anterior. Su papá se había levantado con resaca por la borrachera del sábado y lo primero que hizo fue dirigirse hasta el refrigerador para tomar una cerveza en lata que bogó en pocos segundos ahí de pie, con la puerta abierta de la nevera que dejaba salir el vaho por el cambio de temperatura. Su mamá se acercó a él en ese momento, y lo increpó al ver que había lanzado la lata de cerveza al lavaplatos sin importarle el reguero que había ido dejando por el piso y el mesón de la cocina.

— Cuidado se le cae la lata.

— Ya va a empezar a joder y no hemos ni desayunado. Más bien mire a ver si prepara algo que se le está haciendo como tarde, ¿o es que en esta casa ya no se come en las mañanas?

— Como le parece que no, bien pueda hacer lo que le venga en gana, que yo no voy a cocinar nada.

Sacó otra cerveza de la nevera y la cerró con fuerza sin quitarle la mirada de encima a su esposa, que miraba la alacena del mercado sin prestarle una pisca de atención.

— Qué vamos a hacer ahora con la patrona, no se les puede dar ventaja porque ya no quieren hacer es nada. — Tomó esa segunda cerveza tan rápido como la primera y volvió a lanzar la lata al lavaplatos. Mirándola todavía.

Ella suspiró, pero prefirió no decir nada. Había notado que Felipe se escondía por detrás del marco de la puerta de la cocina y los miraba

aterrado. Pero el idiota continuó. La indiferencia y el silencio no hacían más que alimentar al troglodita que era. Al ver que su esposa volteaba para mirar a su hijo agazapado en la entrada, se volteó también para hablarle.

— Ya ve mijo, por eso es que no se puede permitir que las viejas trabajen. Agarran un peso y ya se creen las dueñas del mundo. ¿De cuando acá tenemos que vernos en esta penosa situación?

Ella agarró un vaso que había en el lavaplatos, lo llenó de agua y le lanzó todo el contenido en la cara a su marido, que al verse empapado, la agarró por ambos brazos y la obligó a retroceder, haciendo que el vaso que todavía tenía en la mano rodara hasta las baldosas del piso de la cocina, rompiéndose por completo. La empujó hasta la pared más distante muerto de risa.

— Ah sí, ¿muy alzadita? Sí, sí. Muestre a ver que es tanto lo que sabe. ¿No que todo lo puede?

— ¡Imbécil! ¡Suélteme! Felipe, lárguese de aquí.

— Pero cuál es el miedo señora todo poderosa. ¿No que muy hembrita?

Le decía mientras la arrinconaba e intentaba besarla. Felipe no fue capaz de moverse, veía la escena sin ser capaz de reaccionar.

— ¡Suéltemeeeee maldito! — Decía su mamá, cerrando los labios y moviendo la cabeza para evitar los labios de su esposo, que la buscaban sin cesar, todavía riendo a carcajadas.

Felipe, en una reacción espontánea, agarró un pedazo de vidrio del vaso que había quedado en el piso y corrió hasta donde estaba su papá, pero se detuvo antes de apuñalarlo en una de sus piernas.

— Suéltela ya mismo papá.

Su padre, que había volteado al escuchar la voz de su hijo, no pudo más que seguir riendo al verlo ahí de pie con el brazo levantado empuñando el pedazo de vidrio.

— ¿Y qué es lo que va a hacer pues? Hágale, apuñale a su papá si es tan varón. ¡Hágale, no sea cobarde!

— ¡Felipe basta! Baje ese vidrio, bájelo que esto no tiene nada que ver con usted. ¡Suba a la habitación inmediatamente! ¡Inmediatamente!

Pero él no se movió, por el contrario sus ojos se llenaron de ira al ver que su padre aprovechó la distracción de su mamá para retenerle ambos

brazos con una sola mano contra la pared, por encima de su cabeza, mientras que con la otra exploraba salvajemente por entre la falda de ella tocando su sexo.

— ¡Mire cómo es que se trata al sexo débil Felipe! ¡Mire! Así es como se les reprende. — Reía a carcajadas mientras manoseaba a su esposa enfrente de su hijo.

Felipe corrió sin pensarlo y le enterró el vidrio en el muslo de la pierna derecha. El grito de su papá fue aterrador. Cayó al suelo llevándose una mano a la pierna herida que chorreaba sangre hasta el piso de la cocina. Su mamá por fin pudo librarse del yugo y corrió hasta donde estaba su hijo, no sin antes escupir en la cara a su marido, que seguía muerto de la risa en el piso. Tomó a Felipe de la mano y salieron de la casa.

Duraron más de un mes donde Esteban mientras se apaciguaba todo. Felipe todavía no podía entender cómo su mamá quería seguir con él después de todo lo ocurrido. Había tratado de entender las razones de ella para no abandonarlo, pero por más que le daba vueltas y vueltas, día y noche, cada vez se sentía con más rabia y decepción en su interior.

Una de esas noches de insomnio en casa de su primo, que roncaba a placer en la cama de abajo del camarote, escuchó a su mamá hablando con la mamá de Esteban. Seguramente distraídas por los ronquidos del otro, que hacía ruidos tan diferentes, que al escucharlo parecían al menos cuatro personas profundas en la misma habitación. Conversaron sin tapujos, creyéndolo a él, dormido también.

— Cecilia, mija. ¿Por qué no deja a Jairo de una vez por todas? Mire que usted no puede permitir que ese mal nacido le siga haciendo daño a usted y a Felipe, mire nada más como llegó el niño el mes pasado.

— Ay Ofelia, supiera usted el deseo que tengo de dejarlo, pero estoy tan preocupada por el diagnóstico que me hicieron, que temo mucho por el futuro de mi niño. ¿Dígame que va a ser de él cuando ya no esté? Bien que mal es su papá, y no tengo el derecho tampoco de alejarlos.

— No diga tonterías, mire que hace ya meses que salieron los resultados de los exámenes y usted sigue igual de bien que siempre. ¿No que eso era rápido que iba a empezar a notar el cambio? Yo la verdad es que le he perdido la fe a esos doctores de pacotilla, siempre andan jugando con la salud de una y al final de cuentas, ni ellos mismos tienen idea de qué es lo que una tiene.

— Pues no sé Ofelia, realmente estoy muy preocupada. Además, Jairo no ha parado de llamarme desde que llegamos para pedirme disculpas y yo la

verdad es que no sé, ya no sé nada la verdad. — Se agarró el pelo con las manos y bajó la mirada. Ya no sabía ni quién era, se sentía irreconocible y usada, se sentía mal con ella misma por todos estos años al lado de ese señor. No dejaba de recriminarse por todo, sentía que ella tenía la culpa de todo. — Usted no sabe las ganas que me dan de mandar todo a la mierda, pero es mi familia, es mi esposo, es mi hijo, es el hogar con el que siempre soñé construir. Yo no le pedí a la vida otra cosa, muchas compañeras en la universidad soñaban con un empleo importante, y con ganar mucho dinero. Pero yo lo único que quería era formar un hogar, tener incluso más hijos que la vida me negó, pero aún así fue lo que siempre quise; y mire cómo me ha salido todo, un desastre y no me siento con las fuerzas necesarias para cambiar todo lo que he soñado por la soledad. Temo mucho quedarme sola, y temo mucho por el futuro de Felipe.

— Yo la entiendo mija, y no me quiero entrometer en su vida. Siempre le he dicho que he admirado mucho su valentía y su fuerza de voluntad para luchar por sus sueños aun cuando la mayoría de las personas alrededor suyo no estén de acuerdo. Pero es que Jairo está cada vez peor, ya no lo reconozco, parece otra persona.

— En el fondo también siento culpa por él ¿sabe?

— Ahí si es que me deja sin palabras Cecilia, no puedo estar de acuerdo con usted.

— Es que usted viera la primera vez que lo vi, ¿yo si le he contado verdad?

— Pues algo me dijo, pero no me acuerdo bien la verdad.

— Yo trabajaba en las noches en el café tranvía del centro, al lado del parque Gaitán. Acuérdese que por esa época no había terminado la universidad y sus suegros no tenían cómo pagarnos los estudios a Orlando y a mí. ¿Se acuerda cómo le tocaba de duro también a él cuando ustedes ya llevaban años de novios?

— Pues claro mija, ¿no ve que viví a diario lo duro que les toco a ambos? Claro que me acuerdo, ¿pues no fue en ese café que conoció a Jairo?

— Así es, un día en la noche vi que llegó, tan guapo como siempre, con su vestido de paño impecable. Venía con el nudo de la corbata suelta y caminó directamente hasta la barra, donde estaba atendiendo. Cuando cruzamos la mirada sentimos atracción el uno al otro de inmediato, fue algo muy especial. Me pidió un trago doble de whisky sin hielo y una tónica. Prendió un cigarrillo y cuando le llevé el trago se quedó viéndome,

me intimidó por completo.

Marzo de 1981, café tranvía, Bogotá.

— Cualquier cosa que necesites, estoy para servirte.

— Que tal otro doble. — Jairo bogó el whisky doble de un solo tirón y golpeó con fuerza el vaso cuando lo dejó nuevamente sobre la barra del lugar.

— Guau, ¿mal día?

— Algo parecido, de vez en cuando está bien escapar de la realidad. Perdón, no quiero sonar… olvida lo que dije. — Agachó la cabeza y giró el vaso vacío entre sus dedos.

Cecilia fue por la botella de whisky y la llevó hasta donde se encontraba Jairo, poniéndole un trago triple.

— El doble, y el sencillo por la casa.

— A esto le llamo yo una buena atención, gracias…eh….

— Cecilia, mi nombre es Cecilia. — Se llevó una mano al pelo y lo revolcó con soltura. Sonriéndole.

Jairo sonrió también.

— Bueno, gracias Cecilia. Mi día empieza a mejorar por completo. Yo soy Jairo, encantado. — Le tendió la mano por encima de la barra con confianza, y cuando sintió la mano de ella la apretó con fuerza, y se excitó al sentirla sudada y fría entre la suya. Ella la retiró a los segundos y se la secó con el delantal, sintiéndose incómoda.

— Lo siento. — Dijo levantando la mano húmeda. — Ando corriendo de lado a lado, no era mi intención.

— Para nada, ha sido culpa mía. — La miró nuevamente por otros cuantos segundos y levantó el vaso. — A tu salud Cecilia.

— Para servirte.

Fue un resto de noche extraña, Cecilia se sentía observada e intimidada, pero al mirarlo, notaba cómo Jairo también se sonrojaba y cambiaba de

dirección. Duraron así el resto de la noche. Jairo se fue sobre las tres de la mañana, cuando el café estaba prácticamente solo sin despedirse, había dejado más dinero del que había gastado debajo del vaso. Para cuando ella se dio cuenta, él estaba saliendo por la puerta del café sin mirar atrás.

Al otro día Jairo regresó casi a la misma hora, con otro vestido de paño y otra corbata suelta.

— ¿Doble o triple?

— Buenas noches Cecilia, doble está perfecto.

Llegó con el vaso hasta donde él y le sirvió el trago que había pedido.

— Ayer no lo vi marcharse. Dejó más dinero del que gasto, acá lo tengo guardado, pensé que quizás volvería por él en algún momento.

— No no, el dinero que dejé fue el que quise, el resto es para usted Cecilia. La verdad me salvó de una noche aterradora, era lo mínimo que podía hacer.

— ¿Tan aterradora para dejar toda esa cantidad de plata? ¿Es que le sobra o es que soy tan fea para causarle tanto susto?

Jairo soltó una carcajada.

— No diga eso Cecilia, simplemente usted ha hecho que desde anoche me sienta bien. Es lo mejor que me ha pasado en estos días. Pensé que lo mejor que podía hacer era recompensar su trabajo como era debido, no es nada más.

— Pues tendrá que contarme que es eso tan horrible que está viviendo como para que diga que yo he sido lo mejor que le ha pasado.

— Si acepta que la invite a un trago, puedo estar considerando contarle la verdad.

— ¿Cuánto le encantaría verdad? Todos llegan con el mismo cuento y terminan buscando lo mismo de siempre, encamarse y nada más. Lo imaginaba más innovador por lo menos.

— ¿Ah sí? ¿Y eso como por qué?

— Por nada.

Cecilia arrancó por la barra hasta donde estaba otro cliente sin mirarlo

más. Jairo por su parte había quedado prendido.

Entre los tragos y los coqueteos de esa noche, Jairo y Cecilia terminaron tomando unos tragos en la barra, cuando ella había cerrado el local.

— Con que ingeniero de petróleos, ¿y qué hace en un sitio como estos un ingeniero de petróleos?

— Bueno, trabajo para una compañía canadiense en los llanos orientales. Estoy acá cerrando un negocio con una empresa local que quieren comprar los norteamericanos.

— Ah ya entiendo todo, de manera que usted les ayuda a esos imperialistas a que sigan monopolizándonos.

— No diga eso Cecilia — Jairo se acomodó nuevamente en la silla y tomó lo que le quedaba de whisky. — De todas maneras, no ha sido fácil, la empresa no quiere vender y los canadienses me están culpando por la demora en las negociaciones.

— Pues sabe que me alegra, ojalá no les vendan, con todo respeto.

Se quedaron viendo unos segundos después de eso, Jairo sonrió y ella se acercó para besarlo.

Cecilia seguía con la mirada perdida en la pared que tenía en frente mientras le contaba la anécdota a la mamá de Esteban. Felipe, que seguía escuchando desde la habitación tenía el ceño fruncido desde que había comenzado la historia. No terminaba de entender que su mamá siguiera comportándose de esa manera. Volteaba a mirar por la ventana y veía las estrellas en el firmamento, deseando ser una para encontrarse lo más lejos que pudiera de ese abismo que parecía tragarlo cada día un poco más. Se sentía solo, sin deseos de hacer nada. Se preguntaba constantemente por qué sus papás lo habían traído a este maldito mundo cuando él no había pedido venir nunca. Le parecía un atropello y una actitud egoísta. Si le hubieran preguntado habría dicho que no, ¿para qué nacer en un lugar como este?

Se preguntaba con sinceridad quién carajos conscientemente habría querido vivir en un mundo de mierda como el nuestro y se sentía todavía peor de impotente, porque al mismo tiempo tenía mucho miedo de morir.

Cuando regresaron a la casa encontraron a Jairo en el sofá de la sala. Al verlos llegar se levantó con una mirada de culpa extravagante y se lanzó al piso a pocos metros de donde estaban ellos. Lloró amargamente un rato y les pidió una y mil veces perdón por sus acciones, prometiéndoles

que esta vez sí, que por favor lo perdonaran, que de verdad no volvería a pasar.

Por eso desde esa ocasión, Felipe no podía ver el sofá sin acordarse de ese momento incómodo y doloroso. Todavía le dolía el rostro por el golpe que le había propinado su papá después del almuerzo. Lo llenaba de ira verlo ahí sentado bebiendo de nuevo, consumido por sus vicios y fantasmas. Abandonado a las frustraciones que él mismo se había labrado en tantos años. Sintiéndose al mismo tiempo maniatado porque sabía que no podía hacer nada por él, sabiendo a la perfección que, en algún momento de la vida de su papá, los sueños, ambiciones y proyectos que había tenido, se habían derrumbado encima suyo sin que hubiera tenido el valor de levantarse entre los escombros y seguir adelante.

Lo sacó del ensimismamiento el timbre de la puerta, la chicharra se mantenía dos, tres segundos. Paraba de nuevo y volvía a sonar escandalosamente. Jairo se levantó refunfuñando y caminó hasta ella. Al abrir se encontró con la señora Carmen, una vecina amiga de Cecilia que acostumbraba a llevar a Felipe a visitarla desde que estaba en la UCI de la clínica Santa María.

— Felipe, ya llegaron por usted —. Se limitó a decir Jairo. Regresó al sofá, le subió el volumen al televisor y siguió bebiendo sin decir más nada.

El camino a la clínica fue corto, el tráfico disminuía tremendamente en las horas de la mañana. Se fueron sin hablar mucho, Felipe escuchaba las historias de la señora Carmen sin prestar demasiada atención. Sonreía, le seguía la corriente con pequeños gestos, o simplemente la ignoraba.

Solamente se detuvieron en la floristería para comprar el ramo de rosas amarillas que solía llevarle a Cecilia en cada visita. Al llegar subieron hasta el tercer piso y aguardaron en la sala de espera hasta que los médicos le permitieron entrar a verla. Dejó el ramo de rosas encima de la mesa de noche. Le tomó una de sus manos, la que estaba canalizada, y lloró amargamente hasta quedarse dormido mientras se arrullaba con el: pi…pi…pi…pi… de las máquinas a las que estaba conectada.

Durmió durante horas, no había podido descansar bien en días. Con su mamá cerca se sentía seguro así no pudiera hablarle, besarlo o abrazarlo.

Esteban lo despertó en la tarde. Había llegado de visita con el señor y la señora Umaña. Cuando se saludaron en la habitación de Cecilia, fue fácil entender para ellos la causa del hematoma que ya pintaba el rostro de Felipe. Se había vuelto costumbre verlo golpeado, pero no por eso les dolía menos. De manera que esa noche sus tíos hablaron con Carmen para que intercediera por Felipe ante Jairo y así poder llevarlo a casa, con

ellos. Felipe lo deseaba con todas sus fuerzas, quería tomarse un respiro para poder dejar de ver todo gris y negro, para verlo todo de color naranja y amarillo como la casa de su primo. Era maravilloso. Mientras su casa olía a ceniza mojada, la de ellos olía a chocolate negro y arepas calientes con huevos revueltos.

Los días posteriores fueron revitalizantes para Felipe, su tío había ido hasta su casa y le había llevado los útiles y el uniforme del colegio, lo que llenó de alegría su corazón, sabía que iba a pasar el resto de la temporada escolar donde ellos, y si contaba con suerte, las vacaciones también. Hacía mucho no se le veía sonreír con tanta sinceridad y tan efusivamente. Poco a poco los golpes fueron sanando, dejando pequeñas cicatrices en su piel, tan parecidas a las que cocían su alma marchita y desolada, que caminaba con un manto invisible que lo rodeaba intentando ocultarlas en todo momento. Felipe estaba tan cansado de las humillaciones y vergüenzas que estaba sufriendo, que se ensimismaba en su oscuridad, cada día más latente para las personas que tenía alrededor.

A pesar de todo aprendió a llevar sus penas y desolaciones con valentía y aplomo. Siendo pragmático en todo, callando la mayor parte del tiempo. Aún con esas cicatrices que eran visibles para las personas que lo conocían o creían hacerlo, se mostraba apacible y colaborador. No esperaba recibir las ordenes para llevar a cabo lo que tenía que hacer. Y como tenía tiempo libre de sobra por su orden y disciplina, tendía a escabullirse en la biblioteca de su tío y leía lo que le antojaba mientras Esteban iba y venía de sus compromisos y clases de una cosa y otra.

El señor Umaña lo había descubierto una tarde sumergido en Manuel Pacho, y a pesar de no gustarle mucho la elección que había hecho, cambió de opinión cuando le preguntó en tono de burla, qué era lo que hacía leyendo ese libro y si realmente estaba entendiendo algo. Felipe se sintió herido y avergonzado, pero con resolución simplemente le dijo lo que sentía, de la manera como su corazón se lo dictó.

— Pues no llevo mucho tío, pero si pudiera, quisiera llegar a ser tan valiente como Manuel Pacho, porque la cobardía ya la tengo.

El señor Umaña se sonrojó, y fue la última vez que lo injurio sobre lo que podía o debía leer. Simplemente lo siguió todo ese tiempo sin que él se percatase, mirando que otras cosas leía, comprendiendo su dolor y su ausencia del mundo como una respuesta involuntaria al hastío que sentía.

Felipe por su parte quedó extasiado en las cosas que fue encontrando en la biblioteca de su tío, de manera que abandonaba el apartamento en las tardes al llegar del colegio y se iba hasta el parque de enfrente para leer a placer debajo de los árboles cuando hacía mucho sol, o recostado en el talud cuando estaba encapotado el cielo mientras iban llegando niños y

niñas de los conjuntos residenciales del perímetro para jugar.

Cuando veía a lo lejos a Mauricio, David y Martina que lo saludaban con ambas manos y lo invitaban a los gritos para que fuera hasta la cancha de microfútbol, se levantaba y guardaba el libro en la mochila de crochet que su mamá le había tejido años atrás y caminaba en dirección a sus amigos con los que jugaba el resto de la tarde unos partidos eternos, que no los detenía el clima ni el cansancio, y que fueron la manera ideal de acercarse a Martina todas las tardes de ausencia de su primo Esteban.

Es que ese octubre de 1997 la amistad, no sólo con Martina, sino que también con David y Mauricio crecía a un ritmo constante. Debido a eso, David había empezado a abrirse con él de manera más holgada. Fue así como una de esas tardes después de acabar un partido de microfútbol y mientras caminaban exhaustos hacía el conjunto residencial, David se quedó viendo un apartamento que siempre estaba en completa oscuridad.

— Pipe, ¿alcanza a ver ese apartamento del quinto piso?

— Sí, ¿por qué?

— Debemos entrar en él.

— Deje de decir pendejadas, ¿cómo a qué vamos a entrar allá? ¿Se enloqueció?

— Si mi fuente es fidedigna, puedo asegurarle que ese apartamento está embrujado.

Felipe no pudo menos que soltar la risa.

— Deje de decir güevonadas David, disque embrujado. — Se volteó entonces hacia Martina y Mauricio que caminaban pocos pasos atrás de ellos. — ¿Si oyeron a este? — Señaló a David con una mano y el dedo pulgar levantado. — Disque ese apartamento está embrujado.

— ¿El quinto piso? — Dijo Martina. — Todo el mundo lo sabe. — Replicó indiferente.

— ¿No me va a decir que usted también cree en esa pendejada Martina?

— Bueno, desde que vivo acá el apartamento ha tenido esos velos y nunca se ve a nadie. Además, escuché un día a Henry decir que recién entregado, una niña murió asesinada ahí, dicen que fue su hermano. Después de eso se fueron, pero nadie viene ni se hace nada con eso. Según Henry, hay veces que escucha ruidos y ve que prenden alguna pequeña luz que parece ser la lámpara de la mesa de noche del cuarto de

la niña muerta cuando le toca hacer la ronda de noche. Pero pues no sé, me parece como idiota ¿no lo creen?

— Deje ese tema quieto Martina. — Replicó Mauricio serio. — Mi abuela dice que con eso no se juega.

— Ay deje de ser gallina Mauricio. — Dijo David. — Qué va a pasar por hablar de eso.

— Pero es que usted lo que quiere es entrar David, ¿o acaso escuché mal? — Dijo Felipe.

— ¿Entrar? Está loco mijito. — Dijo Mauricio.

— Yo me apunto. — Dijo Martina.

— No pues, ahora si es que se enloquecieron todos. — Dijo Mauricio. — Me voy, dejen de pensar pendejadas y dejen a los muertos donde están, quietos.

— ¡Gallina! ¡Gallina! — Le gritaron al unísono los tres entre risas.

En eso entró el vehículo del señor Umaña con Esteban en el asiento delantero. Parquearon a metros de donde estaba Felipe, Martina y David. Al bajar Esteban caminó hasta donde estaban ellos. Venía con cara de tragedia, ojeras, sucio y oliendo a sudor. Traía los guayos colgados de los hombros, las medias hasta los tobillos, y las canilleras todavía puestas.

— ¿A quién le gritaban? — Preguntó.

— A Mauricio. — Dijo David. — Les estaba diciendo que aprovechando que estamos en el mes de las brujas podríamos entrar una de estas noches en el apartamento del quinto piso, pero al muy cobarde le dio miedo.

— ¿Al del quinto piso?

— Yo ya me apunté. — Le dijo Martina palmeándolo con una mano sobre el pecho mientras sonreía.

— ¿Usted qué Felipe? ¿Se anima entonces?

— Al diablo, digan cuándo.

Todos voltearon a ver a Esteban, que se sonrojó y miró al piso. Levantó la mirada y vio a Martina, tan linda y tan decidida que sabía que no podía mostrar ningún tipo de debilidad en su presencia, mucho menos en ese

momento.

— Bueno, yo también me apunto.

— Excelente, — dijo David — yo hablo con Mauricio, ese cobarde va, denlo por hecho. Voy a planear todo y les voy contando, estén listos porque seguro nos va a tocar volarnos de la casa en la noche para no tener inconvenientes.

A la semana siguiente tenían todo definido para entrar el jueves 30 de octubre. A las 11:30 de la noche se contrarían en la entrada de la torre del apartamento del quinto piso. Para David fue fácil escaparse. Sus padres no estaban por un viaje de negocios y Rosita, su nana, dormía a placer. Mauricio no tenía ningún problema con su abuela, que lo dejaba hacer lo que le antojara desde siempre, pero para Martina, Felipe y Esteban fue más difícil. Martina acomodó varios cojines dentro de la cama, apagó las luces de su cuarto poniendo una muñeca de cabello negro para intentar simular su larga melena y se escabulló por la ventana de la habitación que estaba en el primer piso. Felipe en cambio fue hasta su casa días antes cuando sabía que su papá no estaba y robó unos somníferos de la mesa de noche de su mamá. La noche del jueves 30, le pidió a su primo que distrajera al señor y la señora Umaña, de manera que inventó un problema con una actividad escolar atrayendo su atención. Mientras tanto Felipe fue hasta la cocina y vertió unas cuantas píldoras en la cafetera que chapoteaba por el líquido hirviendo en la cocina. Después esperaron a que los viejos tomaran el café matutino de costumbre antes de ir a la cama esperando los resultados dentro de la cama. Los ronquidos no se hicieron esperar y Felipe, que era más osado, entró hasta la habitación de sus tíos y los estrujó un poco, para comprobar la efectividad del medicamento.

Esteban esperaba, agazapado detrás de la puerta muerto de miedo. Las gotas de sudor frío le recorrían el rostro, las manos, las axilas y la espalda. A los segundos salió Felipe, saltando de la alegría y gritando: “¡Ya nos vamos! ¡No nos esperen despiertos!”. Riendo y agarrando a Esteban del brazo rumbo a la puerta de salida.

Se sentaron en las escaleras del primer piso de la torre del apartamento embrujado, aguardando las instrucciones de David que fue el último en llegar.

— Vamos a sortear de una vez quién es el que va a entrar primero.

Yo abro la puert….

— Un momento — dijo Mauricio — ¿cómo que sortear quién va a entrar

primero David? Entramos todos o me largo.

— Ay ya, deje la paranoia que usted lo que está es muerto del susto. Acéptelo que queda mejor así. ¡Gallina! — Puso ambos brazos sobre su estómago y los sacudió imitando el movimiento de las alas y el cacarear de las aves lo mejor que le salió. — ¡Kikiriquí, clo clo clo, gallina gallina!

Todos soltaron la risa, incluso Mauricio, aunque con rabia. Y como para no sentirse más herido en su orgullo, se ofreció primero.

— Deje la güevonada David, yo entro primero y veremos quién es la gallina.

— Listo. A la que marque.

— A la que marque.

Se pusieron de pie y David lideró el ascenso lento y en silencio. Cuando iban llegando a las huellas finales de la escalera que descendía en el largo pasillo del quinto piso, David se detuvo y puso un dedo sobre sus labios pidiendo más silencio. Luego con otra seña, los instó a detenerse donde estaban. Él sería el primero en acercarse, había estado practicando todos los días y por largas horas en la cerradura de la puerta de su apartamento con un gancho la manera más rápida y efectiva de hacerla ceder con el menor ruido posible, cuando días atrás había podido comprobar que la cerradura del apartamento embrujado era exactamente igual a la suya, que tenía la puerta original entregada por la constructora años atrás.

Se desplazó en puntillas por el corredor haciendo el menor ruido posible con cada paso que daba, cuando iba por la mitad volteó a ver a sus amigos y pudo divisar la silueta de sus cabezas una sobre la otra por la pared que bordeaba la escalera. Se volteó y siguió hasta la puerta del apartamento embrujado donde forzó la cerradura con práctica, apenas si se escuchaba el “clic clic clop clic”. Logró forzarla en menos de treinta segundos, la entreabrió y regreso sobre sus pasos hasta encontrarse nuevamente con el grupo.

— Hágale pues. — Le dijo a Mauricio en un susurro autoritario.

Mauricio estaba evidentemente asustado, viniendo de una familia católica y conservadora, no era difícil imaginar por lo que estaba pasando. Su abuela rezaba el rosario todas las noches y tenía un pequeño altar con los santos de su devoción en su habitación. Era una señora supersticiosa, de un pueblo del eje cafetero olvidado en el tiempo. Desde niño había tomado muy enserio las creencias religiosas de su abuela y las atesoraba como una verdad absoluta en su corazón.

De manera que se llevó una mano al crucifijo que colgaba de su cuello y lo apretó con fuerza, repitiendo en silencio alguna oración que se había convertido en rezo con el pasar de los años. Apenas si movía los labios, con los ojos bien abiertos.

Se puso en la pared que enmarcaba la puerta, y la empujó con la mano dándole un leve toque con la palma abierta. Las bisagras chirrearon un poco por el óxido y el asentamiento del edificio, pero se abrió casi en su totalidad. Primero asomó la cabeza. Las gotas de sudor le nublaban la visión, sentía su corazón palpitando aceleradamente y el tiempo le pasaba lento. Sus sentidos, excitados por el momento, se alteraban con el menor ruido, el mínimo reflejo de una luna rayada que menguaba sobre las ventanas del pasillo y los velos del interior del apartamento.

En su interior pudo ver dos grandes poltronas cubiertas por sábanas blancas, pero el resto del apartamento estaba al descubierto, dando la apariencia de haber sido usado no mucho tiempo antes. Miró a sus amigos que esperaban ansiosos metros atrás, y con valentía se adentró.

Pasaron unos segundos congelados, fríos e incómodos. Todos tenían temor hasta de pasar saliva por vergüenza a que los demás escucharan el sonido al tocar las amígdalas.

David fue el segundo, entró en el apartamento siguiendo los pasos de Mauricio. Cuando lo vio en medio del corredor que conectaba el área social con las habitaciones paralizado, puso una mano sobre su hombro y logró asustarlo un poco. Pero se tranquilizó rápidamente al ver que era él. Fue así como David regreso hasta la puerta, asomó la cabeza por el marco y con una señal de la mano, invitó al resto a entrar también.

Cuando estaban todos dentro, se quedaron estáticos mirando la decoración del apartamento, las isabelinas que rodeaban el comedor, las mesas auxiliares con volutas hermosamente talladas en la madera y las cornisas de la parte superior de todas las paredes interiores. Martina tomó entonces el liderazgo, apartó a Mauricio con el brazo y se adentró por el corredor en dirección a las habitaciones. Todos se quedaron perplejos al verla. Pero no fue tanto como el susto que se llevaron cuando la habitación del fondo de abrió y salió una señora de edad senil, con una linterna, evidentemente alarmada y furiosa por lo que veía.

— ¡Hijos de su gran puta madre! ¡Culicagados morbosos! ¡Largo de aquí!

Gritaba la señora mientras alumbraba su rostro con la luz amarilla de la linterna.

Casi se tumban el uno al otro para emprender el escape, Esteban y Mauricio fueron los primeros en salir corriendo. Luego fue Felipe que salió disparado con el corazón a mil, empezó a bajar los escalones y no paró

hasta que estuvo por los caminos adoquinados de los jardines del conjunto residencial. Fue hasta ese momento que volteó a ver al darse cuenta que Esteban y Mauricio ya se escondían por la entrada de sus respectivas torres de apartamentos. Casi al momento llegó David, pero Martina nada que aparecía.

— ¿Y Martina?

— No tengo idea. — Dijo David.

— Qué más da, yo vuelvo por ella. Luego Hablamos.

David arrancó sin hacer más preguntas hacia su apartamento, mientras que Felipe suspirando, emprendió escaleras arriba nuevamente para dar con Martina.

La encontró en las escaleras del tercer piso, y no tuvo tiempo de pensar ni de hacer nada más cuando sintió que lo arrinconaba contra la pared y lo besaba apasionadamente. Fue un beso rápido, húmedo y desconcertante. Luego lo tomó de la mano y bajaron nuevamente hasta los jardines, donde tomó su rostro entre las manos y se despidió de él con otro beso pequeño, cómplice y de aliento caliente.

Cuando llegó hasta la puerta del apartamento de sus tíos vio a Esteban sentado en la puerta esperándolo.

— ¿Qué pasó pipe? ¿Todo bien? Pensé que lo habían agarrado.

— Nada nada, fresco. Vamos a dormir de una vez por todas.